



DAVID WELLINGTON

23
HORAS

Durante las próximas 23 horas no habrá indultos, clemencia, ni reducción de pena por buen comportamiento.

Encerrada en una prisión de máxima seguridad, Laura Caxton, ex agente de policía y cazavampiros, tendrá que vérselas con una multitud de asesinas y reclusas condenadas a muerte que no tienen nada que perder... y mucho tiempo que matar. Caxton siempre ha sabido cuidar de sí misma, incluso entre rejas, pero pronto aprenderá que una amenaza aún mayor que el resto de reclusas se ha colado entre los barrotes para atraparla. Justinia Malvern, la vampira más antigua del mundo, ha establecido allí su residencia y se fortalece mientras asalta a las reclusas como si éstas fueran su banco de sangre particular. La astuta vampira sabe cómo buscarle las cosquillas a Caxton y la enfrentará a un ultimátum que no podrá ignorar. Ahora Laura dispone sólo de 23 horas para enfrentarse al desafío de la vampira y sobrevivir a la compañía de las reclusas... 23 horas para llevar a cabo un último y desesperado intento de proteger al mundo de la maldad de Justinia.

Para Carrie

1

El correccional estatal de Marcy, en Tioga County, Pennsylvania, fue concebido y construido en la década de 1960 como un modernísimo centro de rehabilitación y tratamiento terapéutico para reclusas. Las paredes se habían pintado de colores vivos, escogidos con buen gusto. Las celdas eran espaciosas y aireadas, y estaban distribuidas con el fin de fomentar la interacción social entre las internas. Albergaba una sala de psiquiatría, una biblioteca bien surtida, tres gimnasios grandes y 768 camas.

Cuarenta años más tarde, con una ocupación de más de 1.300 internas, el centro se encontraba al borde de un auténtico motín. El 7 de marzo cayó la gota que colmó el vaso. Nadie lo esperaba, salvo quienes habían planeado, meticulosamente y con antelación, aquel incidente.

Laura Caxton estaba sentada en su lugar habitual de la cafetería, junto a la pared, donde no tenía que pasar cada segundo vigilando que nadie la atacara por la espalda. Ante ella tenía un plato de sopa. Todo el mundo comía sopa, pues las internas del correccional de Marcy no pedían la comida a la carta, sino que se sentaban y esperaban a que les trajeran la comida del día. Entonces, o se la comían o se iban con hambre. Caxton echó un vistazo a la larga mesa de formica blanca en la que estaba sentada. Había mujeres de todos los colores y razas, pero todas ellas llevaban el mismo mono de color naranja y sorbían la misma sopa humeante.

Detectó el primer indicio de que algo iba mal al oír el estruendo de un objeto que caía al suelo, seguido de un

gran griterío que combinaba el chillido de una interna a la que habían salpicado con sopa hirviendo y un coro de risas y palabrotas apenas reprimidas.

A diez sillas de distancia, una hispana entrada en carnes se estaba limpiando la sopa que le cubría la cara y el pecho. Alguien había lanzado un panecillo duro como una piedra en su plato, con tanta fuerza que el líquido había salpicado la mesa y también a las internas que tenía sentadas a ambos lados.

La interna que había lanzado el panecillo, más delgada y más joven, blanca, rubia y con gafas (Caxton tomó nota mentalmente de todo lo que vio; se trataba de una vieja costumbre, algo que dentro del correccional le servía tanto como le había servido en el pasado), se recostó en el banco y se encogió ostensiblemente de hombros.

—Lo siento, zorra —dijo entre risas mientras se daba la vuelta.

Aquello no tenía nada que ver con Caxton, que clavó la mirada en su plato de sopa y continuó comiendo. Sabía lo que tenía que hacer en caso de que surgiera algún problema. Todas las internas habían recibido instrucciones de cómo actuar: debían levantarse, dirigirse hacia la pared y quedarse allí con las manos en la nuca, hasta que los funcionarios del correccional intervinieran. Caxton echó un vistazo a su alrededor, buscando a los guardias: había tres, ataviados con sus azules chalecos antipunzón de reglamento y armados con porras, pero estaban en el otro extremo de la cafetería y charlaban animadamente. No se habían percatado del incidente. Caxton se guardó mucho de hacerles señas.

La víctima, la hispana obesa, se levantó de la mesa. Nadie la detuvo, a pesar de que estaba terminantemente prohibido levantarse durante las comidas. No parecía estar particularmente enfadada y apenas respiraba con mayor dificultad de lo habitual. Entonces, sin mediar palabra, agarró a la rubia y le aplastó la cara contra la mesa; le rompió las gafas y le partió la nariz con un crujido estremecedor. Lue-

go, le levantó la cabeza y volvió a aplastársela contra la mesa.

Eso sí atrajo la atención de los guardias. Los tres se dividieron y empezaron a avanzar entre las mesas, con gran precaución por si se trataba de una emboscada. Antes de que llegaran a medio camino, alguien había apuñalado a la hispana con un cepillo de dientes afilado. Caxton vio cómo sobresalía de su costado, mientras la mujer tiraba del mango en un intento desesperado por arrancarlo. Otra interna se había llevado a la rubia lejos de la mesa y la había arrojado al suelo, bien para protegerla de futuros ataques, bien para patearla. Mirara donde mirase, Caxton veía a mujeres que se levantaban de la mesa y, armadas con bandejas o con armas que tenían ocultas, se disponían a defenderse o a saldar viejas rencillas mientras aún estaban a tiempo.

Caxton decidió que había llegado el momento de colocarse contra la pared. Así pues, dejó la cuchara de plástico y apoyó ambas manos en la mesa, dispuesta a levantarse del banco.

Sin embargo, no terminó de levantarse, pues alguien la agarró por los tobillos y la arrastró debajo de la mesa. Caxton cayó de espaldas y se quedó sin respiración. Unas manos como garras de acero la agarraron por las piernas y se le hundieron en la piel. La arrastraron por debajo de la mesa, entre dos filas de pies calzados con las zapatillas de usar y tirar que utilizaban las internas. Algunos de los pies la golpearon, tal vez tan sólo por principio.

Se golpeó la cabeza contra la pata de una de las mesas y, de pronto, se encontró mirando al techo. Unas manos (muchas manos, de hecho) la agarraron, la levantaron y la empujaron sin darle tiempo a ver adónde la llevaban. Tan sólo acertaba a oír gritos, bramidos, golpes de bandeja y el ruido de cuerpos al caer al suelo. Olió a sangre, aunque no era un olor próximo. Se golpeó la cara contra una puerta oscilante que se abrió y de pronto se encontró en la cocina, donde varias internas ataviadas con delantal blanco encima

del mono se habían amontonado junto a las puertas por las que acababa de entrar, en un intento por ver lo que sucedía a través de las ventanas de cristal.

—Largaos todas de aquí —dijo alguien que había abierto las puertas de un puntapié.

Entonces arrojaron a Caxton al suelo y alguien le pegó una patada en el estómago. Aún no había recuperado el aliento, y no pudo ni formular ninguna de las preguntas que se le ocurrían, ni pedir ayuda a gritos.

Una asiática alta y delgada se arrodilló junto a Caxton y la agarró por el labio inferior. Le pegó un tirón como si quisiera arrancárselo y Caxton no tuvo más remedio que levantar la cabeza. La asiática tenía unas lágrimas negras tatuadas bajo los ojos, cuatro en una mejilla y cinco en la otra, y llevaba el pelo recogido en una larga coleta.

—Eres Caxton, ¿verdad? No quisiera ni pensar que después de tantos esfuerzos hubiéramos elegido a la zorra equivocada...

Caxton no respondió, no le pareció que fuera a reportarle nada bueno.

—Es ella, sí —dijo una mujer situada detrás de la asiática. Caxton no vio quién era, pues no se atrevía a romper el contacto visual con su captora—. Es una poli. ¿Estás segura de que a los polis no...?

—Ahora es una ex poli —la corrigió la asiática, que no sonreía—. Los guardias de la prisión la odian aún más que nosotras, porque jugaba para el mismo equipo que ellos y la cagó. —Entonces se volvió hacia Caxton—. Me llamo Guilty Jen ^[1]. Me llaman así porque en nuestro pabellón había otra Jen que cada noche les decía a los guardias lo inocente que era. En cambio, mírame a mí: si hubiera hecho lo mismo se habrían reído de mí; llevo mi culpabilidad escrita en la cara —dijo, y se señaló debajo del ojo izquierdo, donde sólo tenía cuatro lágrimas—. Cada vez que cumplo una condena me tatúo otra; el próximo octubre será el turno de la décima. ¿Me entiendes?

Caxton intentó levantar las rodillas para protegerse el abdomen, pero unas manos le agarraron las piernas por la espalda y se las inmovilizaron. Otras manos la asieron por los hombros. Guilty Jen tenía muchas amigas.

—Yo no te conozco, ex poli —dijo la reclusa, que acto seguido se metió la mano en el bolsillo del mono y sacó un mechero y un clavo—. No tengo nada contra ti. Tú y yo no tenemos cuentas pendientes. Pero mira que he estado veces en la sombra y, sin embargo, ésta es mi primera vez en Marcy. Y ahora mismo, aquí, no soy nadie. Tengo que volver a ganarme una reputación. Es una mierda, pero así es como funcionan las cosas. Así pues, pregunté un poco quiénes eran las tipas duras de por aquí, a quién le tiene miedo la gente. No me salió una lista demasiado larga. Taché la mayoría de los nombres porque casi todas las mujeres cuentan con protección o forman parte de alguna banda. Pero tú... Todo el mundo te odia. Eres una bollera ex poli y no tienes amigos aquí dentro. Puedo joderte y no tendrá consecuencias para mí, tan sólo pasaré un par de días en la unidad de alojamiento especial por mi conducta violenta.

La mujer encendió el mechero y acercó la punta del clavo a la parte azul de la llama.

—Hay formas más rápidas de matarme —logró decir Caxton—. Además, imagino que apenas cuentas con treinta segundos antes de que los guardias se enteren de que estás aquí.

—No pensaba llegar tan lejos —dijo Guilty Jen—. Tan sólo te voy a marcar con una «J», para que todas sepan que eres mía. Tú quédate quietecita y no te pasará nada. Eso sí, antes debo hacerte una pregunta.

—Adelante —dijo Caxton.

Guilty Jen apartó el clavo de la llama; la punta estaba negra y chamuscada.

—¿Mejilla derecha o mejilla izquierda?

2

Caxton miró la punta del clavo, que había empezado ya a ponerse al rojo vivo. Sabía que si no oponía resistencia y dejaba que aquella mujer se saliera con la suya, las peores marcas que le dejaría aquel episodio no serían las que llevaría en la piel. Estaría dando a entender al resto de las internas de la prisión que era débil y vulnerable, una presa fácil.

Y en el correccional estatal de Marcy muchas mujeres estarían encantadas de descubrir que una reclusa ex policía era vulnerable. Aquélla sería tan sólo la primera agresión de muchas.

Esperó hasta que Guilty Jen apagó el mechero y dobló las rodillas para agacharse y acercarle el clavo a la cara. Esperó un segundo más, hasta notar su calor cerca de la piel.

Entonces se zafó de las manos que la sujetaban y golpeó la mano de Guilty Jen. El clavo perforó el músculo de la pantorrilla de una de las mujeres que rodeaban a Caxton. La mujer soltó un aullido y dio un traspié.

Caxton notó cómo las manos que le sujetaban los tobillos perdían fuerza. Contaba con ello (no es nada fácil prestar la atención debida mientras una amiga está gritando de dolor) y aprovechó la ocasión para encoger rápidamente las piernas y soltarlas de golpe. El impacto hizo que Guilty Jen cayera de espaldas.

Un segundo más tarde Caxton ya se había levantado, tenía los pies bien plantados en el suelo, el torso doblado y los brazos en alto para protegerse la cabeza. Alguien intentó agarrarla, pero ella arremetió de cabeza contra el estó-

mago de la asaltante con tanta fuerza que ésta no tuvo más remedio que soltarla.

Aún no había logrado hacerse a la idea del número de asaltantes a las que se enfrentaba, ni tampoco del tiempo que tendría que aguantar hasta que a los guardias se les ocurriera echar un vistazo en la cocina. Podía intentar huir, salir de la cocina y regresar a la cafetería, aunque suponía que Guilty Jen sería lo bastante organizada para haber colocado a alguien que vigilara la puerta.

La otra opción era plantarles cara. Dio unos pasos hacia atrás, pegó la espalda a la pared y echó un vistazo a la cocina para evaluar la situación. Contó seis monos de color naranja. Las chicas de Jen eran un grupo heterogéneo formado por negras, hispanas, blancas y asiáticas. Eso era extraño, pues las bandas de las prisiones tienden a formarse por un criterio racial. Al parecer, Jen había encontrado otra característica que las unía.

Caxton se dijo que pensaría en ello más tarde, si es que tenía ocasión. En aquel momento debía prepararse para pelear: tendría que enfrentarse a seis mujeres, incluyendo a Jen y a la que había herido en la pantorrilla. De hecho, ya habían empezado a reagruparse y se preparaban para acosarla. Si la atacaban todas de golpe no iba a tener ninguna opción. Bastaría con que se le echaran encima y la agarraran entre todas hasta obligarla a rendirse.

Tenía que dividir las. Buscó a la adversaria más cercana: a su izquierda había una chica de pelo castaño, que llevaba unas pequeñas esvásticas tatuadas en los lóbulos de las orejas. Debía de haber sido miembro de la Hermandad Aria. Sin el más mínimo reparo moral, Caxton agarró un cazo enorme lleno de sopa hirviendo y se lo echó por encima.

La nazi cayó al suelo entre alaridos, fuera de combate por un buen rato. Una negra con una bandana se acercó por el flanco derecho de Caxton con gesto colérico. Caxton la tumbó con un directo que probablemente le partió la mandíbula.

Una tercera interna intentó atacarla por la espalda, pero Caxton se percató. Le propinó un cabezazo sin volverse, y sintió cómo su cráneo impactaba en la nariz de la mujer que tenía detrás. Oyó el crujido del tabique y notó la sangre caliente de su contrincante chorreándole por el cuello. Caxton imaginó que le habría dolido, aunque no tenía por qué ser suficiente para dejar a su asaltante fuera de combate. Por eso se giró sobre sus talones, cerró los puños y hundió los nudillos en los riñones de la mujer.

Ésta cayó al suelo e intentó agarrar a Caxton por la cintura o por las piernas, pero sus manos carecían ya de fuerza. Caxton echó un vistazo a su víctima y durante un segundo tuvo que esforzarse por reprimir el acuciante deseo de patearle la cabeza o el estómago. Finalmente logró controlarse.

No iba a ser nada fácil terminar la pelea sin muertes. Caxton había asistido a numerosos cursos de combate sin armas en la Academia de la Policía Estatal de Hershey, pero nunca se había tomado la molestia de aprender a inhabilitar a sus oponentes. En las misiones en las que había participado antes de ingresar en la cárcel, esos movimientos nunca eran suficientes: tenía que luchar hasta acabar con su contendiente para evitar que éste acabara con ella.

Caxton había pasado años aprendiendo a enfrentarse a los vampiros y a matarlos. Los vampiros eran mucho mayores que ella, mucho más fuertes y mucho más resistentes. Cualquier herida que pudiera infligirles sanaba casi al instante. Ahora, en cambio, debía recordarse una y otra vez que Guilty Jen no disponía de esa resistencia sobrenatural a las heridas.

Matar a la mujer que acababa de derribar sería un craso error. Para Caxton, supondría enfrentarse a todo tipo de problemas y perder los pocos privilegios de los que gozaba, además de atraer precisamente el tipo de atención que deseaba evitar a toda costa. Por eso, cuando se volvió ha-

cia Guilty Jen y las dos secuaces que le quedaban, dudó durante un segundo para darles ocasión de huir.

Pero no lo hicieron.

—Admirable —dijo Guilty Jen—. Pero acabas de cometer una estupidez. No sé si te das cuenta de que esto es una falta de respeto. Y eso es algo que no puedo tolerar, pues quedaría como una imbécil. No me dejas más remedio que matarte...

—Hay otras formas de solucionar... —empezó a decir Caxton, pero las dos subalternas de Jen se le echaron encima sin dejarle tiempo siquiera a que terminara de pensar. Una de ellas, una hispana que llevaba los labios pintados y la cara maquillada, se lanzó hacia ella con los brazos extendidos para agarrarla.

Caxton se dio cuenta enseguida de que se trataba de una maniobra de distracción. La otra, una coreana, blandía un arma hecha con una cuchara metálica afilada de la punta. Le salía humo de la pernera del pantalón; debía de ser la que había alcanzado con el clavo al rojo vivo. La lesión ralentizaba sus movimientos, aunque no lo suficiente.

Caxton dio un paso hacia la hispana y levantó un brazo como si fuera a atacarla, pero en el último instante viró y se precipitó contra la coreana. Le golpeó la pierna quemada y notó cómo su rodilla cedía. La mujer cayó al suelo bajo el peso de Caxton, que le quitó de la mano la cuchara afilada y acto seguido la arrojó contra la hispana, que continuaba avanzando hacia ella.

La cuchara se le clavó en el ojo.

Durante un momento casi todo el mundo en la cocina gritaba, retorciéndose en el suelo. Las dos únicas mujeres que seguían de pie, Caxton y Guilty Jen, establecieron contacto visual y todo lo demás dejó de existir. Toda la atención de Caxton se centró en la líder de la banda. Las dos mujeres se observaban con actitud desafiante, como si estuvieran a punto de disputarse un duelo, pero sin pistolas.

Caxton no las necesitaba. Si era lo bastante fuerte y rápida para luchar contra los vampiros, un ser humano no debía de suponerle ningún problema. Acababa de demostrar que era capaz de enfrentarse a dos contrincantes a la vez.

Sin embargo, Guilty Jen no era una adversaria corriente. La mujer separó los pies para tener mayor equilibrio y entonces hizo algo que dejó a Caxton perpleja: se dobló ligeramente hacia delante para saludarla.

A Caxton no le pasó por alto el significado de ese gesto y experimentó un breve acceso de miedo que le recorrió las venas justo antes de recibir una patada giratoria en toda la cara que no tuvo tiempo de esquivar.

Jen tenía nociones de artes marciales. Eso la convertía en una rival peligrosa, incluso para alguien como Caxton. Ésta levantó el brazo justo a tiempo para detener otra patada, pero el pie de su contrincante le golpeó la muñeca con tanta violencia que la mano entera se le contrajo con un espasmo de dolor. Caxton notó cómo se le crispaban los dedos y se preguntó si le habría roto el brazo.

Caxton se dejó caer sobre una rodilla y se agachó hacia un lado, justo a tiempo para evitar el subsiguiente ataque de Jen, que le lanzó el codo contra el cuello. El brazo pasó por encima de la cabeza de Caxton, pero Jen recuperó la posición casi de inmediato, mucho antes de que Caxton se lanzara contra la rodilla de su rival. Jen echó la pierna hacia atrás, lejos del alcance de Caxton, y ésta supo que había cometido un error fatal. Había logrado esquivar el ataque más mortífero de Jen, pero a cambio se había colocado en una posición realmente vulnerable. En el siguiente ataque iba a asestarle un golpe mortal y...

Jen gritó al tiempo que algo explotaba a sus espaldas. Se tambaleó y cayó de bruces contra la cara de Caxton. Las dos mujeres rodaron por el suelo mientras Caxton intentaba zafarse para ver qué sucedía.

—¡Me has disparado, joder! —aulló Jen—. ¡Eso es un uso innecesario de la fuerza!

Un equipo de guardias irrumpió en la cocina. El hombre que iba al frente llevaba galones de sargento y una pistola humeante entre las manos.

—No te sulfures, es sólo una bala de postas —gruñó—. Te dejará una buena magulladura durante una semana, pero desaparecerá con el tiempo. Atención —añadió entonces, dirigiéndose al resto de los guardias—. Extracción forzosa de todas las reclusas. No asumáis riesgos innecesarios.

Alguien encasquetó a Caxton una pesada manta que le cubrió la cabeza y el cuerpo. Y la derribaron. Caxton sabía que resistirse no servía de nada. No había nadie a quien agarrar ni golpear, tan sólo un pesado fardo que apestaba a sudor y a sangre, y que le cubría la boca y los ojos. Le colocaron unas esposas de plástico y le doblaron los brazos a la espalda. A continuación le ataron también los pies. Alguien la levantó del suelo y la sacó de la cocina: dos guardias tan protegidos que parecían receptores de béisbol.

No tuvo ocasión de volverse para mirar a Guilty Jen y ver qué le estaban haciendo, pero era perfectamente consciente de algo: iban a verse las caras de nuevo.

3

A casi doscientos cincuenta kilómetros de distancia, a Clara Hsu estaban a punto de darle arcadas. Estaba rodeada de cuerpos, cadáveres exangües y abandonados como muñecas de trapo rotas. Las mujeres fallecidas que la rodeaban estaban entre los treinta y cinco y los cincuenta años, aunque en muchos casos no resultaba nada fácil determinarlos, pues tenían los brazos y las gargantas desgarradas de manera salvaje, destrozadas por los implacables colmillos de un vampiro que necesitaba la sangre y al que no le importaba el dolor que provocara para conseguirla.

Al notar que algo le subía por la garganta, Clara supo que tenía que hacer algo y rápido. El olor y los colores (¡Dios, qué colores!) eran insoportables. Por suerte, tenía una forma de enfrentarse a ellos. Clara sacó la cámara digital de la funda que le colgaba del cuello y empezó a tomar fotografías para documentar la escena del crimen.

Anteriormente, Clara había sido tan sólo fotógrafa de la policía. Hacía apenas un año, ésa era su única atribución profesional. Trabajaba para la oficina del sheriff de un condado rural y se dedicaba a documentar incautaciones de metanfetaminas y accidentes de tráfico. Pero entonces había cometido una estupidez. Se había enamorado de Laura Caxton, cuya vida giraba alrededor de los vampiros y nada más. Para continuar siendo parte de la vida de Caxton, Clara había accedido a volver a la escuela de criminología forense, donde había aprendido todo lo relativo a huellas dactilares latentes y a la comparación de folículos capilares, así como los pormenores de las pruebas de ADN. Había